ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

SEMANA SANTA 2007

Misa Crismal

5 de abril de 2007

Es realmente bello celebrar, hermanos, la Misa Crismal en este umbral del Triduo Pascual, en la mañana del Jueves Santo. Hemos vivido un tiempo cuaresmal de preparación, mas siempre nos falta ésta para tan grandes misterios. Pero la alegría del tiempo pascual está a punto de llegar; en él vivimos el encuentro con el Resucitado, no sólo como algo del pasado, sino en la comunión presente de la fe, de la liturgia; de la vida de la Iglesia, en definitiva. La Tradición apostólica, que se pone hoy de relieve en la celebración de todo el Pueblo de Dios, consiste justamente en la transmisión de los bienes de la salvación, que hace de la comunidad cristiana la actualización permanente, con la fuerza del Espíritu, de la comunión originaria.

Estamos esforzándonos en hacer posible una buena iniciación cristiana, que se haga carne en las personas de los catecúmenos, si son adultos, o en los niños, adolescentes y jóvenes. ¿Creemos de veras que el Señor, presente en su Iglesia, aporta esos bienes de la salvación que nosotros, pobres siervos, intentamos ofrecer? La Tradición se llama así porque surgió del testimonio de los Apóstoles y de la comunidad de los discípulos en el tiempo de los orígenes, fue recogida por inspiración del Espíritu Santo en los escritos del Nuevo Testamento y en la vida sacramental, en la vida de fe, y a ella —a esta Tradición, que es la realidad siempre actual del don de Jesús— la Iglesia hace referencia continuamente como a su fundamento y norma a través de la sucesión ininterrumpida del ministerio apostólico. Esa

Permitidme por ello, hermanos, que me fije hoy en los sacerdotes o, mejor, en el presbiterio diocesano. No son muchos en el Pueblo de Dios los sacerdotes diocesanos, tanto los religiosos como los sacerdotes seculares, pero hoy es un día no de hablar de estadísticas, sino de personas concretas. El Jueves Santo es el día en que el Señor encomendó a los Doce la tarea sacerdotal de celebrar, con el pan y el vino, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre hasta su regreso. En lugar del cordero pascual y de todos los sacrificios de la Antigua Alianza está el don de su Cuerpo y de su Sangre, el don de sí mismo. Así, el nuevo culto se funda en el hecho de que, ante todo, Dios nos hace un don a nosotros, y nosotros, colmados por ese don, llegamos a ser suyos: la creación vuelve al Creador.

Sólo Jesucristo puede decir: *«Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre»*. El misterio del sacerdocio en la Iglesia radica en el hecho de que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del sacramento podemos hablar con su yo: en persona de Cristo. Jesucristo quiere ejercer hoy su sacerdocio por medio de nosotros. Este conmovedor misterio nos impresiona más el Jueves Santo, porque necesitamos huir de la rutina y volver al momento en que él nos impuso sus manos y nos hizo participar de este misterio. Reflexionemos nuevamente en los signos mediante los cuales se nos donó el sacramento del Orden. En el centro está el gesto antiquísimo de la imposición de las manos, con el que Jesucristo tomó posesión de mí, diciéndome: *«Tú me perteneces»*. Pero con este gesto también me dijo: *«Tú estás bajo la protección de mis manos. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos y precisamente así te encuentras dentro de la inmensidad de mi amor. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas»*.

Recordemos igualmente que nuestras manos han sido unguadas por el Santo Crisma, que es el signo del Espíritu Santo y de su fuerza. ¿Por qué precisamente las manos? Sabemos que la mano del hombre es el instrumento de su acción, el símbolo de su capacidad de afrontar el mundo, de "dominarlo". El Señor nos impuso las manos y ahora quiere nuestras manos para que, en el mundo, se transformen en las suyas. Pero quiere que ya no sean instrumentos para tomar cosas, los hombres o el mundo para nosotros, para tomar posesión de él, sino que transmitan su toque divino, poniéndose al servicio de su amor. Quiere que sean instrumento para servir y, por tanto, expresión de la misión de toda nuestra persona que se hace garante de él y lo lleva a los hombres y mujeres.

en el servicio ministerial? El simple activismo puede ser incluso heroico, pero pierde eficacia si no brota de una profunda e íntima comunión con él.

Os deseo lo mejor, hermanos sacerdotes; y os agradezco profundamente vuestra entrega, la fatiga del trabajo, el amor del día a día en las comunidades parroquiales o en la vida sin tanto trabajo pastoral en los ya jubilados. Cuidad unos de otros, y tened siempre abiertas vuestras puertas y vuestro corazón para los otros hermanos sacerdotes. Hay que amar a los de lejos, pero sobre todo a los de cerca. En la comunión con la Iglesia de Roma y el Pastor universal, con la intercesión poderosa de María, nuestra Madre, vivid la Pascua, el misterio inefable del Triduo Sacro. Saludad a vuestros fieles en mi nombre; hacedlo todo en nombre del Señor Jesús. Que así sea.